

La locura y los libros

Gilbert K. Chesterton

[1874-1936]

Existe un número considerable de testimonios que nos revelan un hecho sorprendente: al parecer, además de sus múltiples servicios, la biblioteca del Museo Británico hace también las veces de manicomio privado. Se trata de hombres y mujeres que en ese vasto palacio del conocimiento avanzan en silencio de un lado a otro mientras merodean en busca de sabiduría, topándose con algunos funcionarios; gente que en una época menos humanitaria habría estado gritando en un frenopático sobre un montón de paja. Se dice que no es inusual que la familia responsable de un lunático inofensivo lo envíe a la biblioteca del Museo Británico para que se entretenga con dinastías y filosofías, del mismo modo en que un niño enfermo se entretiene jugando con soldaditos.

Sea esto cierto o no en toda su extensión, lo que sí resulta indudable es que este grandioso templo de los pasatiempos tiene todo el aspecto de contener muchas tragedias, ya que, como se sabe, a menudo todo pasatiempo oculta una tragedia.

Allí van los amores marchitos,
los viejos amores con sus alas cansadas
y todos los años muertos
y todos los desastres

Por esa biblioteca corren figuras tan extrañas y deshumanizadas que podrían nacer y morir allí dentro sin ver nunca la luz del sol. Parecen un pueblo fabuloso y subterráneo, gnomos que habitan en una mina de sabiduría. Aunque sería apresurado e irracional decir que todo esto equivale a locura. El amor de un ratón de biblioteca por unos viejos pliegos mohosos puede resul-

tar mucho más cuerdo que el de muchos poetas por el sol y el mar. El inexplicable apego de un veterano profesor por un viejo sombrero andrajoso puede ser un sentimiento mucho menos enfermizo que el de una alocada dama de sociedad que se muere por un vestido de Charles Frederick Worth. A menudo se nos olvida que los convencionalismos pueden ser también morbosos y poco convencionales.

Por supuesto, no hay una definición absoluta de la locura, excepto aquella que reza que cada uno de nosotros debe admitir que por locura se entiende el comportamiento excéntrico de otra persona. Por ende, es una exageración absurda aseverar que todos estamos locos, aunque lo cierto es que ninguno de nosotros está perfectamente cuerdo, así como también es verdad que ninguno está perfectamente sano. Si apareciera en el mundo un hombre perfectamente sano seguramente lo encerraríamos.

La terrible simplicidad con la que ese hombre observaría cada pequeño trastorno nuestro, nuestra malhumorada vanidad y nuestra maliciosa autojustificación; la inocencia elefantina con la que ignoraría nuestras pretensiones de civilización... esto lo convertiría en algo aún más decadente e inescrutable que un rayo o una bestia de presa. Bien pudiera haber sucedido que aquellos grandes profetas que se presentaron ante la humanidad para ser tildados de locos fueran en realidad personajes que deliraban presas de una cordura impotente.

En un gran número de ocasiones, al abrazar estos pasatiempos nuestros excéntricos lectores obedecen sin duda al más cuerdo de todos los impulsos humanos: aquel que nos obliga a poner nuestra confianza en la industria y en un objetivo definido. De seguro, los amigos y parientes de muchos viejos coleccionistas afirman que éstos enloquecen por los libros editados por la imprenta de los Elzevir, cuando en realidad son los libros de los Elzevir los que los mantienen cuerdos. Sin esos libros se dejarían llevar por la ociosidad y la hipocondría que trastornan el alma. Aunque, por fortuna, la transpuesta regularidad de sus anotaciones y recuentos siempre nos enseña algo, algo parecido al blandir del martillo del herrero o al trabajo de los caballos del arador: la antigua lección del sentido común de las cosas.

Y una vez que se ha tenido en cuenta ese sano regocijo, que a menudo se asocia con los trabajos más laboriosos e inútiles, queda el problema de la cordura de la erudición. Como todas las demás cosas amigas del hombre, los libros son capaces de convertirse en sus enemigos: son capaces de rebelarse y matar a su creador. El espectáculo de un hombre que, enfebrecido, delira por culpa de los misterios de un panfleto de papel barato que guarda en el bolsillo posee la misma irónica majestuosidad que la imagen de una persona a la que una locomotora hace pedazos.

Al hombre se le elogia incluso en la muerte; en cierto sentido muere por su propia mano. Esta diabólica cualidad existe también en los libros: la locura nos acecha en las tranquilas bibliotecas, pero la naturaleza y la esencia de esa locura sólo puede definirse hasta cierto punto.

Así, una descripción general de la locura podría encontrarse en la afirmación de que la enajenación privilegia el símbolo y no lo que éste representa. El ejemplo más obvio es el del maníaco religioso, al que el culto del cristianismo lleva a negar todas las nociones de integridad y misericordia que dicho cristianismo representa. Pero hay muchos otros ejemplos. El dinero, por ejemplo, es un símbolo; simboliza el vino y los caballos y las bellas vestimentas y las grandes casas, las grandes ciudades del mundo y la tranquila tienda de la ribera del río.

El avaro está loco porque prefiere el dinero a todas estas cosas: porque escoge el símbolo y no la realidad. Pero los libros también son un símbolo: simbolizan la impresión que el hombre tiene de la existencia, y así puede afirmarse que el hombre que ha llegado a preferir los libros a la vida está tan chiflado como el avaro. Sin duda, un libro es un objeto sagrado. En un libro, las mayores joyas quedan de verdad encerradas en el menor ataúd. Pero eso no altera el hecho de que la superstición comienza cuando el ataúd se valora más que las mismas joyas. Éste es el gran pecado de la idolatría, contra la cual la religión nos viene advirtiendo desde siempre.

En las mañanas del mundo los ídolos eran bastas figuras con formas de hombre y de bestia, pero en los siglos civilizados permanecen con formas aún más bajas que las de la bestia o el hombre: sobreviven en forma de libros y de cerámica azul y de grandes ollas. Está escrito que los dioses de los cristianos son el cuero, la porcelana y el peltre. En el fondo, la idolatría es siempre igual. La idolatría existe allá donde la cosa que originalmente nos dio la felicidad se convierte en algo más importante que la felicidad misma.

Así, la ebriedad puede parecernos un pasatiempo apasionante. Sin embargo, cuando de verdad comprendemos su realidad interna y psicológica, la ebriedad es también un ejemplo típico de idolatría. En esencia, la ebriedad comienza allá donde la única forma incidental de placer, que proviene de cierto artículo de consumo, se convierte en algo más importante aún que todo el vasto universo de los demás placeres naturales, que al final destruye. Omar Khayyam, al que por alguna inexplicable razón muchos consideran un poeta jovial y alentador, resume este efecto final y horrible de la bebida en una estrofa de incomparable ingenio y poder:

Y aunque el vino el sainete del infiel me jugara
y aunque me despojase de mi traje de honor
yo admiro siempre cómo el viñador comprara
tal merca por venderla la mitad menos cara.*

El persa era un poeta de una inmensa fantasía y fertilidad, pero toda la fuerza de su imaginación no puedo invocar, en este universo tan diverso, nada capaz de rivalizar con las atracciones de una sustancia roja particular que había sufrido una alteración química. Eso es la idolatría: escoger el bien secundario sobre el bien eterno que simboliza. Es el empleo de un ejemplo de bondad eterna para cuestionar la validez de otros mil ejemplos. Es esa elemental herejía matemática y moral que pretende hacernos creer que la parte es mayor que el todo.

En este sentido, la bibliomanía es capaz de convertirse en una especie de borrachera. Hay una clase de hombres que prefieren los libros a todo lo que se refiere en los libros: a los lugares encantadores, a las acciones heroicas, a los experimentos, a las aventuras, a la religión. Leen sobre estatuas divinas y no se avergüenzan de su propia fealdad; estudian los relatos de acciones sinceras y magnánimas y no se avergüenzan de sus propias vidas taimadas y autocomplacientes. Se han convertido en ciudadanos de un mundo irreal y, como un indio en su paraíso, persiguen a un fosco ciervo con lóbregos sabuesos. Y así es como se desata la locura.

Se pueden encontrar muchos grandes eruditos en el limbo de los avaros y los borrachos, que es el limbo de los idólatras. Como en casi todo asunto ético, aquí la dificultad no surge tanto de exhibir tendencias viciosas como de carecer de virtudes fundamentales. Las posibilidades de enajenación mental que existen en la literatura se deben no tanto a un amor por los libros como a una indiferencia por la vida, por los sentimientos y por todo lo que los libros documentan.

En un estado ideal, los caballeros que estuvieran inmersos en cálculos y descubrimientos abstrusos se verían obligados por una ley del Parlamento a hablar durante cuarenta y cinco minutos con un mozo de establo o un ama de llaves, y a cruzar el parque de Hampstead Heath en burro. Serían examinados por el Estado, pero no sobre Griego Clásico o Historia Antigua –algo que sin duda les complacería y donde se comportarían con la misma seguridad que los niños al jugar al escondite. No, su examen versaría sobre la jerga *coc-kney*, o sobre los colores que lucen los distintos autobuses. Se les purgaría de todas aquellas tendencias que en ocasiones han provocado la locura: se les

* En versión de Joaquín V. González. (*Rubáiyát*. Barcelona, Obelisco, 2015.)

enseñaría a convertirse en hombres de mundo, lo que no es sino un paso adelante en el camino de convertirse en hombres del Universo.

Traducción de Íñigo García Ureta

SUSCRIPCIONES A LA REVISTA TEXTURAS EN MÉXICO:



TODALAPRENSA

Mártires de la Conquista, 111.

Col. Escandón

11899 México D.F.

Tels: (52) 55 52 76 00 al 04

Fax: (52) 55 52 76 46 10

www.todalaprensa.com.mx